

tractor de esta defensa o fortificación gigantesca y pueril, fué el mismo Hijo del Cielo y Emperador sublime que persiguió de muerte a los letrados, y quemó los libros, privándonos de inestimables documentos para conocer la historia de la China y acaso de toda el Asia. Pérdida de las irreparables, porque el pueblo chino, al revés de los otros, nunca cesó de escribir anales, narraciones y apuntes proliferos, testimonios preciosos de un pasado remoto y obscuro. Hoy que en China se ha proclamado una República, y parece rota definitivamente la Muralla secular (pero, ¿quién sabe?) vamos a ver cómo ese pueblo desenvuelve sus aptitudes para la civilización occidental. Vamos a comprender si la raza, indudablemente inteligente, activa y laboriosa, une a esas cualidades la de adaptación, hoy tan necesaria.

Lo repito; marcado es el contraste entre el pueblo que, por lo menos hasta hoy, ha aspirado a separarse del resto del mundo, a encerrarse en su inmensidad y soledad, y el que, al contrario, anhela (y sus leyendas antiguas se lo prometen) el dominio de todo el planeta. Tal es el Japón; y parte del ensueño, se realizó en vida del soberano que acaba de bajar a la tumba, Mutsu-Hito, de gloriosa memoria.

Como los britanos, los japoneses son isleños, y esto es una defensa natural y una manera material de concentrar el espíritu. En cambio, es debilidad —hoy que todo cuesta millonadas—, ser pobre, y el Japón no es rico, ni en su hacienda pública, ni en las fortunas particulares. Pero este pueblo sin tesoros, posee uno, cuyo valor, en Europa, empieza a desconocerse, cuando no a negarse: un ardiente patriotismo. Hasta tal punto abunda en el Japón este sentimiento vigorizador por excelencia, que puede considerarse el mayor resorte de su carácter. Cosa extraña: los españoles hemos creído siempre, y el giro de nuestra historia lo ha demostrado, que el sentimiento patriótico iba íntimamente ligado al religioso; que mediante la fe, se nos criaba la energía para defender a la patria. Y, con igual unanimidad, hemos explicado, por la disminución de la fe, la actual decadencia del patriotismo, que bien quisiera yo negar, pero sería cerrar los ojos a lo evidente. Pues bien: el Japón, otro país semiatteo (a pesar de los milagros del sintoísmo, y de tanto templo y tanto idolillo curioso) está animado por el encendido soplo de un patriotismo incontestable. Los hechos son enemigos de toda teoría absoluta. Sin embargo, el Japón demuestra lo que nunca he dudado: el pueblo que se engrandece, se engrandece porque siente la necesidad patriótica; porque cree, sin escépticismo ni vacilaciones, en la patria, y está pronto al sacrificio absoluto en sus altares. La divinidad japonesa es la patria; la religiosidad, morir por ella.

La comarca del Sol naciente, la Cipango de Marco Polo, no es uno de esos países paradisíacos, donde la naturaleza parece haber mimado al hombre para que los ame. Parte de su territorio es volcánico y estéril, y su Mediterráneo es bajo, arenoso, impropio para la navegación. Lluve mucho; los huracanes azotan las islas del Archipiélago, hay exceso de frío y de calor, pero el hombre, el verdadero japonés—no hablo de los inuitos, raza inferior—se muestra industrial, laborioso, paciente, hábil, y labra el suelo con tal cariño, que lo convierte en jardín. Algunas veces los terremotos y las erupciones volcánicas han destruido la labor en pocas horas; pero el hombre la ha rehecho. Como en China, en el Japón se ha profesado el culto a la agricultura. Las leyes, los decretos la imponían obligatoriamente.

Cuando un japonés ve tierra inculta, tiene legalmente derecho a apropiársela. Y este pueblo que ha revelado energías tan profundas, este pueblo tan bragado, tan indiferente a la muerte, tan heroico en los campos de batalla, es ictiófago y vegetariano: en el Japón apenas se come carne. El arroz blanco les cría sangre muy roja, con abundancia de partículas de hierro.

Y ha sido el pueblo comedor de arroz el que, bajo el reinado de Mutsu-Hito, ha dado a Europa la sorpresa que sabemos, y en la cual, al principio, nadie quería creer. Mientras los imaginábamos consagrados a decorar primorosas porcelanitas verdes y color rosa, o tibores de Satsuma soberanamente elegantes, con armónica fusión de tonos grises y dorados, los japoneses se formaban una marina, un ejército, universidades; enviaban a Europa gente que aprendiese las diabluras de los occidentales, sus conocimientos en todos los órdenes, y los transplantase a la tierra natal, sin perder gota. Y esto solo, o yo no sé lo que me digo, o descubre una resolución y una constancia extraordinarias, arranques fecundos y clara percepción de la necesidad. Figúraos una raza penetrada de respeto a sí misma, pues no es otra cosa el amor de la patria y la veneración de lo tradicional; una raza que, en pocos años, sin que

disminuyan, antes bien tomen incremento, esas robustas y sólidas virtudes, tiene que cambiar su manera de ser, en muchos aspectos, y sin embargo, debe defender, hasta contra sí misma, la integridad de su yo; ¿cómo regatear la admiración a esa raza, si da cima a tal empresa?

Ha sido el Japón más consciente que nuestros pueblos atrasados de Europa. No hemos tenido remedio algunos, en un momento dado, por azares de la historia o por impulso generoso de perfectibilidad, sino alzar la bandera de las reformas y adaptaciones, pero con menos criterio y sagacidad que los japoneses y también con menos intensidad de trabajo, con muy inferior tesón y marcha rectilínea. En el Japón, el impulso fué unánime, reflexivo, y menos determinado por una admiración ciega hacia Europa, que por un excelente cálculo.

Habiendo visto desde el primer momento en dónde estaba el peligro que en la transformación amenazaba, han pensado en el modo de combatirlo. Al despachar emisarios a Europa, no desean que París, Londres y Berlín les devuelvan parisenses, ingleses ni alemanes falsificados; lo que quieren que les venga del Occidente son japoneses enterados y empapados de ciencia, y dispuestos a transmitirla a sus compatriotas. Y, para que en lo posible desaparezca el riesgo de bastardeamiento del sentir profundo, nacional, es por lo que comunican en el Japón tan prodigioso desarrollo a la enseñanza, con el deseo de que llegue a ser innecesario el envío de muchachos a Europa, y de substituirlos con personas de criterio ya formado, que miren a Europa desde sí mismas, y sepan hacer la crítica y buscar los defectos evitables de civilizaciones que distan mucho de ser perfectas. No todo ha de imitarse; no todo se ha de recoger en el saco.

Se opinará como se quiera de estos propósitos; yo los encuentro muy superiores, como revelación de voluntad ilustrada y bien regida, a los pueriles entusiasmos de una nación por otra, cuando llevan a abdicar personalidades y a calumniar y despreciar lo que debe ser más sagrado: la substancia misma de nuestro ser.

El fruto de las ideas puestas en práctica por el Japón, lo conocemos: al declararse la guerra contra Rusia, creíamos en la insostenible pelea de un monillo ágil con un corpulento oso de las regiones siberianas: hemos visto la herida que abrió en el costado el monillo al oso, y por la cual se le escapó lo que vale más que la sangre: el orgullo militar, la gloria... Vencieron los japoneses, y vencieron con suma elegancia, con unas actitudes sencillas y bellas que avaloraron el triunfo. ¿De modo que los fabricantes de tacitas, caretas cómicas y juguetes; los dibujantes y miniaturistas de álbumes; los proliferos y graciosísimos escultores de bronce, madera y marfil, los bruñidores de la tersa laca, los constructores de abanicos gentiles y ligeros, los bordadores de kimonos y kakomonos con vuelos de cigüeñas, los habitantes de casas de bambú con tabiques de papel, ese pueblo de opereta, emboscado tras un macizo de crisantemos, para blandir un sable arcaico en cuya empuñadura se retuercen quiméricos reptiles, había vencido a Rusia, una de las grandes naciones militares del mundo, sería hasta lo trágico, erizada de cañones, y, lanzando agudo chillido victorioso le había puesto el pie en el pescuezo? Ni aun eso; algo peor. Se había contentado el Japón con los efectos espirituales de la victoria. ¡La Corea, pequeño resultado material! ¡Pero el moral, qué inmenso!

Y, fuese o no obra del que acaba de morir; agrádasele o no la transformación de su reino, que sobre eso hay opiniones y no falta quien diga que el Mikado echaba de menos los tiempos en que se le creía un ser celeste, un numen, ello es que Mutsu-Hito no hizo la menor oposición, no suscitó la menor dificultad, y se guardó para sí, caso de haberlas sentido, las melancolías de la disminución de su aureola sobrenatural y divina. Sus versos respiran también esa gran virtud japonesa, la más necesaria de todas para que prosperen los pueblos: el encendido patriotismo. Su pensamiento volaba hacia los pobres soldados, heridos, enfermos, o muertos y extendidos sobre el sangriento campo de batalla. No cabe duda: este emperador era magnánimo, humano, clemente, y en su tiempo (dirá la historia), el Japón avanzó hasta colocarse en primera línea entre las potencias del mundo... Y por eso, en Madrid, donde poco se sabe de esas cosas asiáticas, se ha despertado, sin embargo, un movimiento de simpatía, y los amables representantes del Japón, tan cultos, tan corteses, tan al corriente de los detalles de la vida moderna, reciben millares de pésames... ¡Nadie dejará, en lo sucesivo, de tomar al Japón muy por lo serio!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El fallecimiento de Mutsu-Hito, acontecimiento que pudiera ser indiferente para los españoles, no lo ha sido, y la prensa ha reflejado sentimientos de simpatía, y la impresión peculiar de los sucesos graves. Hay para ello varias explicaciones: la primera, que el Japón ha subido mucho en Europa, y por consiguiente en España, pues no hemos de dar por admitido que estemos fuera de las corrientes y que el África empiece en los Pirineos.

El Japón es un extraordinario caso histórico, en cierto modo, vivo contraste con el caso de China. La China, en los siglos XVII y XVIII, fijó la atención de Europa, intensamente. Su influjo artístico no fué pequeño; sus delicados amaneramientos se comunicaron al arte y a la moda; sus pensadores algo pesaron en la filosofía de los enciclopedistas, y naciones ultracivilizadas (sobre todo, relativamente al viejo imperio de las porcelanas y de las pagodas) tomaron por modelo y encontraron código sapientísimo de moral en las costumbres sinenses. Todo ello se debía a la presencia de los misioneros europeos en el país del Cielo. Con poca diferencia de fechas, ocurrieron en China dos sucesos igualmente importantes: el Japón, hasta entonces su tributario, se les declaró independiente, y los jesuitas pisaron su territorio. Los misioneros, a decir verdad, no eran una novedad sorprendente en aquellas tierras, y ya los franciscanos, tan intrépidos exploradores, habían precedido en ellas a Marco Polo; pero ahora, las persecuciones serían inútiles para desarraigar la vivaz planta; no retrocederían las avanzadas del Occidente, que disputaban a otros tercios invasores, comerciantes, los holandeses, aquel campo casi virgen. Los chinos, sin embargo, no tenían nada de dúciles, de asimilables: al contrario, dijérase que poseían la mansa perseverancia de lo eterno. Repugnábales todo lo extraño. Para que pudiese prosperar la dinastía tártara, necesitó educar a sus príncipes herederos al estilo chino. Si los misioneros se hubiesen limitado a enseñar el dogma, no habría mártires; pero desde su moral cristiana, censuraban las costumbres del imperio, y eso no lo sufrían los chinos, tan tolerantes en materia puramente teológica. Las persecuciones no se fundaron en la ofensa a ningún numen local, a Fo, a Lao Tsen ni a Buda; surgieron porque los cristianos querían variar y reformar los hábitos antiguos, consagrados; consentían que, verbigracia, las mujeres se mezclasen con los hombres, y otras abominaciones occidentales. Y por este apego invencible del chino a los hábitos y a la moral especial de sus antepasados, en aquel país cuya religión es un código de sentencias morales, ha sido tan difícil la evangelización, y la civilización también.

En esto dícese que actualmente la China ha cambiado mucho. Será lento el cambio en país tan extenso y de tan difíciles comunicaciones, en ese solitario imperio, hoy solitaria República, que de una parte, por el Sur y el Este, cierra un mar tempestuoso; por el Norte, vastos y calvos desiertos; por el Oeste, altas cordilleras de montañas. La naturaleza ha aislado al imperio del centro, y ese aislamiento hasta constituyó el blasón del enorme Estado, tamaño él solo como toda Europa, y cuyo ideal expresa y simboliza el insensato monumento, emblema de lo estacionario y atrasado: la famosa Muralla, que ciñó a la China, por la parte en que pudiesen invadirla los tártaros, con un cinturón de quinientas o seiscientas leguas de longitud, y de tal anchura, que seis jinetes podían correr de frente sobre su cima, fué un símbolo. Por curiosa coincidencia, el cons-